

II

CÁCERES Y LA LUNA

La ciudad duerme en la noche
un sueño ancestral y vago,
que añora cielos de trópico
y azules mares indianos...

La luna, en telar de almenas
de la torre de Bujaco,
teje tapices moriscos
con cruces de Santiago.

—La Ceres tiende la gracia
de los pliegues de su manto,
con rito eterno y ambiguo,
esotérico y pagano—.

La liturgia del silencio
dogmatiza en los espacios,
mientras callejas oscuras
suspiran perdidos pasos
y en las plazas se desmayan
los luceros de topacio...

La luna —¡siempre la luna!—
sube al torreón más alto,
loca de glorias pretéritas,
insomne de eterno arcano,
en busca de una teoría
de blasones y palacios...

Locura de lambrequines
la reciben, deshilando
sobre el frío de las piedras
madejas de besos blancos...

Un corazón de granito
late en recuerdos lejanos,
con ritmo de muchos siglos
y orgullo de muchos rangos.

La luna—¡siempre la luna!—,
en un parteluz de mármol
—gracia mudéjar prendida
en gótico cañamazo—
se queda quieta, muy quieta,
llena de mundos llorados...

Luego va a morir, ingrave,
en la torre de Bujaco,
junto a la Ceres eterna,
entre el morisco almenado,
amortajada en ensueños
guerreros y milenarios,
sangrando aurora cercana
por los heridos costados,
traspasada con puñales
de cruces de Santiago...

El alba triunfa en la gloria
de su despertar de nardos...
Las alas de las cigüeñas
dan al olvido el pasado,
sobre un aire azul, inquieto
de campanas y de pájaros...

Cáceres, 1942-

Bécquer, Príncipe de Poetas

Por CARLOS CALLEJO

GUSTAVO Adolfo Bécquer no muere, ni se agota ni se pasa de moda. Sobre los jardines de su lírica ha pasado el galope de cuatro generaciones, las más inquietas y revolucionarias que se hayan dado en el ámbito literario jamás. Han surgido profetas y heresiarcas, renovadores y ácratas de la poesía, se han levantado torbellinos de estéticas nuevas; mas al disiparse la polvareda de estas invasiones, el vergel becqueriano permanece intacto y en plena fragancia, cuando ya son escoria y hojarasca todas sus glorias contemporáneas.

Como todos los genios, Bécquer escapa a las clasificaciones. Nacido a las letras en las postrimerías del Romanticismo, es corriente verlo catalogado como poeta romántico. En realidad, esta escuela literaria no puede reivindicarlo como exclusivamente suyo. Bécquer es un romántico moral, en el sentido de sensible elevación y misticismo juvenil que puede tener esta palabra, pero esto no implica que sea un jinete más de la cabalgata que encabezó Schlegel. La prueba de que nuestro poeta sobrepuja al Romanticismo, viene suministrada por el hecho de que sus obras persisten en el almanaque de las Letras en una época en que aquella tendencia literaria es solo un empolvado recuerdo de nuestros bisabuelos.

Bécquer no es sólo un romántico porque es un artista en lo eterno. Su poesía tiene tanto clasicismo como si estuviera forjada en las fraguas de la época imperial. Nacido en el siglo XVI; Gustavo Adolfo hubiera sido seguramente un afortunado compendiador de San Juan de la Cruz y Garcilaso.

Es corriente que cuando se menciona el nombre del vate sevillano, algunas personas que se tienen por enteradas de la cosa literaria, alcen benévola mente las cejas y compongan un rostro tolerante como al decir «Bah... todos hemos tenido veinte años...» Esta es otra equivocada catalogación de los exclusivistas. Ciertamente, Bécquer es el poeta de los veinte años: él ha esculpido en divinos versos la edad de oro de la vida, esa época en que el espíritu abre sus capullos y la sangre adquiere esencias inmanentes. La edad del primer amor y del primer desengaño. La edad de la pureza y la generosidad, la de los santos y los héroes. Nadie cantó como Bécquer la visión del mundo en el momento en que el hombre está más cerca de ser un dios...

Pero es que nuestro poeta—definámoslo—no pertenece sólo a la juventud, como no pertenece sólo al Romanticismo. Su voz es universal en la vida como es universal en el arte y no puede encuadrarse en una tendencia ni en una edad. En las *Rimas* de Bécquer, afables

y sencillas como flores de primavera, puede también hallar un curso de filosofía estética el hombre en el otoño de la vida, ya muy atrás las lindes de la ingenuidad y en pleno reino del sarcasmo y de la lucha, cuando fatigado piensa que en fin de cuentas, tanto fárrago es estéril, pues desaparecida su figura, «de que pasó por el mundo, nadie, o casi nadie se acordará».

Se ha reprochado a la obra becqueriana su excesiva popularidad. Los autores de esta aseveración han demostrado un lamentable superficialismo. Precisamente la razón suprema de considerar a Bécquer como un artista extraordinario dimana del carácter especial de su asombrosa popularidad. El hecho de que sus versos hayan pasado por todos los labios, aun los más humildes, sin aplebeyarse, revela claramente su calidad altísima. Solamente los genios se hacen entender y adorar de todo el mundo. Algunos archimandritas de la pedantería suelen defender que el arte es solo un convite para iniciados, un rito a cultivar solo para una reducida minoría de privilegiados areopagitas. Tal vez esto sea cierto tratándose de artes mediocres, parientes del artificio y de la intrincada tramoya. El arte sublime, el arte grande, lo entiende todo ser humano, cualquiera que sea su condición intelectual porque va directamente y sin pasar por los angostos tamicos del cerebro, a esa porción recóndita y no bien localizada de nuestra alma donde arde la lámpara de lo divino; es decir, lo que llamamos, a falta de otra palabra más exacta, *sensibilidad*. La poesía de Bécquer la comprende todo el mundo, como todo el mundo capta la belleza de una rosa y todo el mundo se siente subyugado ante el misterio de una noche estrellada. Las estrofas becquerianas hacen estremecer de vaga emoción a la tímida doncella enamorada, al tiempo que pasman de admiración al erudito que busca en ellas el alcaloide de la belleza.

Y es que el arte del bardo andaluz es perfecto como las obras de la Naturaleza; es arte puro, virgen de adornos y recursos, arte impalpable y traslúcido como el espacio cósmico. Si quisiéramos dar una definición empírica de la palabra *Poesía* habríamos de decir, rectificando al artista, que «Poesía es clara y simplemente, lo que escribió Gustavo Adolfo Bécquer». Las obras de otros poetas, admirables cuanto se quiera, contienen evidentemente poesía, pero no en estado de perfecta pureza, sino mezclada, adulterada con ingredientes de mayor o menor categoría estética, cuales son retórica, imaginación, acústica, filosofía cara o barata, vigor sanguíneo, alcoholismo o álgebra, según las tendencias, los tiempos y las escuelas.

Creemos que es mezquino considerar a Bécquer sólo como una lumbrera de las letras hispánicas. Su calidad de poeta humano, le coloca fuera de los límites de articulación fonética de cualquier lengua. Con paladino error se le ha equiparado a algunos poetas extranjeros que se le asemejan en la forma. Bécquer les supera infinitamente. A poco que añadimos en el espíritu de Alfredo de Musset, daremos con la pícaro malicia del burgués parisién; como veremos la parda ironía de Israel asomar tras las nubes rosadas de los versos sentimentales de Enrique Heine. Sólo, tal vez, en los antípodas, po-

damos hallar la réplica del poeta ibero en aquel incorpóreo rapsoda que se llamó Rabindranath Tagore.

Los españoles podemos estar orgullosos de que viera la luz junto al Betis este gran cantor del espíritu humano. Entre la voz tonante del tempestuoso Hugo, la eufonía pastoral del dulce Marón, la erudita filocalia de Alighieri, la enervante siringa del centauro Rubén y el arpa divinal del sultán hebreo, bien podemos colocar la figura de Bécquer, si no como rey, a lo menos como Príncipe en la nación de la Belleza cantada, paladín sin mácula como Galahad en lucha contra la bestialidad del Antehombre; príncipe enlutado y triste como Hamlet, que en versos de inmortal sencillez se encara con su propia calavera para preguntarle el infinito *Por qué* de la Vida y de la Muerte...

Primavera

¡Oh, bendita primavera
bella estación deliciosa,
que deshaces la «quimera»
del triste invierno, a tu entera
brillante luz portentosa.

Se cubre el campo de flores
y echa espigas el trigo;
hay en la vida dulzores
y cantan su madrigal
campesinos y pastores.

Bala el tierno corderillo
con un balar más gozoso;
cantan la rana y el grillo,
relincha el corcel brioso
y hay olores a tomillo.

Del tejado en el alero
trina gentil golondrina,
toca la flauta el cabrero
y florece la encina
y florece el limonero.

Las más delicadas flores
florece en las macetas;
y tiene acentos mejores
y más gallardos primores
el estro de los poetas.

La corriente del riachuelo

suenan a música lejana;
está más azul el cielo
y en la campiña cercana
canta el perdigón su celo.

Ved del almendro florido
la blancura evocadora
y entre sus flores, el nido
vagamente construido
por tórtola arrulladora.

¿Quién dijo que eran mejores
las baladas otoñales
que las bucólicas flores
que brotan multicolores
de versos primaverales?

¡Nunca! Aquella es la poesía
de pardo y tibio bosque
llena de melancolía,
y esta es cuadro de alegría
con marco de áureo ramaje.

Es más grata en fin, la vida
y más hermoso el amor;
menos sangrante la herida
que abrió en el pecho el dolor...

¡Oh, primavera querida!...

JUAN CARLOS CANALES GONZÁLEZ